

La terrible aventura de José Manzanos

El cobrador del tranvía de San Sebastián a quien la corriente arrastró desde Rentería a Pasajes en la inundación de octubre de 1933

Pasado el peligro, ¡qué bien se cuenta lo ocurrido! ¡Con qué satisfacción se van refiriendo los diferentes episodios de la angustiosa aventura! Nos hacemos la ilusión de haber recuperado la vida después de haberla perdido...

José Manzanos, natural de Sobradillo, provincia de Salamanca, cobrador de la Compañía de Tranvías de San Sebastián, nos refiere su terrible odisea durante las inundaciones.

Como por una pantalla vuelven a pasar por la memoria del honrado obrero que se salvó de verdadera casualidad todas las incidencias de aquella horrosa pesadilla.

Lo tenemos frente a frente. Manzanos es alto, en la plenitud de la vida, recio, con una fuerte expresión de voluntad en el rostro afeitado y sereno.

Su voluntad y su serenidad le permitieron sobrevivir a la catástrofe, y merced a ellas puede ahora ir repasando ante el periodista todos sus recuerdos de aquella desdichada aventura.

A nuestros lectores les tiene que interesar extraordinariamente. Escuchen, pues.

Era el lunes 23 de octubre de 1933. Una verdadera tromba de agua cayó sobre Guipúzcoa.

Manzanos estaba de servicio. Llegaba, en su tranvía, a la Villa, alrededor de la una de la tarde. Ya en el camino había sorprendido el rumor de lo que, por las trazas, se avecinaba.

—Sin embargo—pensó Manzanos—, ya nos dará tiempo. Damos la vuelta. Dejamos a los viajeros y si es preciso volvemos a las cocheras.

Los cálculos del cobrador del motor número 1 hubiéranse cumplido matemáticamente, si la Fatalidad no se hubiese interpuesto en ellos.

Llovía torrencialmente. La tempestad había roto el cable. El convoy hubo de ser remolcado con unas sogas, y unos «casheros» ayudaron en esta labor. Las sogas se rompieron... La expedición se ordenó así: el remolque, delante; detrás, el motor. En los minutos transcurridos, el nivel del agua subió bastante: lo menos, 10 centímetros. Los montes seguían arrojando cantidades enormes. Manzanos, que iba en el remolque, vió venir en sentido contrario, al llegar a la altura del quiosco de la Alameda, una camioneta que iba a cargar sacos de harina en un almacén próximo. Nuestro hombre barruntó lo que se avecinaba; tocó los timbres para que el tranvía parase; los frenos no respondieron, a causa de la humedad, y el choque fué inevitable. El tranvía quedó empotrado en la camioneta. Los ocupantes de ésta echaron en cara a los jefes de la expedición del tranvía la culpa del accidente; éstos les hicieron reparar en la circunstancia de que el convoy iba al revés, y en las razones de ello. A todo esto, el agua había invadido ya la carretera. Lo primero que se pensó, acatando la irreparable realidad de los hechos, fué salvar a las 15 ó 20 personas que viajaban en el tranvía. Los varones se pusieron, aunque con mucho peligro algunos, pronto a salvo. No así las mujeres. Entre éstas había dos, viudas y vecinas de Rentería. La de más edad, viuda de Ceberio, iba sola. La otra, de unos 45 años, viajaba con varios niños, hijos suyos: huían de la riada, porque con la del 16 de junio lo habían pasado bastante mal. Los chicos lograron también, colocarse en lugar seguro. Ellas, no. Uno de los viajeros del remolque, el señor Alonso Berrueta (don Augusto) tampoco quiso salir, creyendo que permaneciendo en el interior del coche estarían más seguros.

La inundación iba creciendo. El agua, cuyo nivel era capaz de llegar hasta la cintura a una persona de talla mediana, hacia ya rato que invadía los coches. Era preciso huir. Pero... ¿a dónde? De momento, la única solución era el techo de los coches. Sobre ellos se colocaron el señor Berrueta, el conductor del motor, Manzanos y la señora más joven, María Loyola.

La otra, más pesada y torpe de movimientos, no pudo, pereciendo poco después.

El agua empezó a zarandear el remolque, que era donde estaban refugiados. Parecía totalmente un barco en día de temporal. Los golpes eran formidables. La situación se hacía insostenible. Si continuaban allí, estaban expuestos a que, de un momento a otro, saliesen despedidos. Pensado y hecho: se imponía una solución heroica. Se pasaron todos a los árboles más próximos. Pero durante largo rato hubieron de estar haciendo desesperados esfuerzos, con pies y manos, para sujetar al remolque, a fin de evitar que en uno de aquellos golpes, juguetes de las aguas, derribasen los árboles. La corriente arrastró remolque y motor. Manzanos presenció, horrorizado, el momento de ahogarse la señora de Ceberio. Sin dejarse amilanar, saltó de un árbol a otro, buscando el más grueso. Desde los balcones de enfrente, muchos vecinos presenciaban las escenas que vamos relatando y daban voces de ánimo a los que se hallaban en peligro. En uno de aquellos saltos desesperados, Manzanos se fracturó el húmero izquierdo. Sintió un fuerte dolor. Sin embargo, su instinto le impidió a seguirse sujetando. ¡No había otro remedio! Los gruesos troncos que de las fábricas renterianas traía el agua daban, empujados por ésta, colosales golpes a los árboles. Nuevo peligro ¡Allí ya no se podía estar! Al poco rato, una de aquellas tremendas arremetidas arrancó la caja del motor número 1, y sobre ella se colocó Manzanos, como en una lancha. La improvisada embarcación fué arrastrada hasta la mitad del cauce del río, y allí volcó... Entre tanto, el agua había arrancado el árbol sobre el cual había conseguido encaramarse María Loyola, que fué arrastrada y se ahogó. El conductor del motor y el señor Berrueta lograron afianzarse sobre sendos árboles y en ellos permanecieron varias horas, hasta que cedió la riada, Maltrechos, hechos una sopa... pero vivos.

Sigamos con Manzanos, que se había echado hacia atrás la cartera después de haber metido en ésta la canana de los billetes. Con serenidad inaudita, al volcar de costado la caja del motor, procuró coger bajo cada brazo un grueso cilindro de madera de los que traía la corriente, esperando con la ayuda de ellos no ser arrastrado al fondo. A pesar de tener el brazo fracturado y de llevar la cartera al hombro, unas veces sobre la corriente, otras debajo, él se logró mantener sereno, cifrando en un supremo esfuerzo la salvación de su existencia. El agua lo llevaba a gran velocidad hacia el mar, hacia Pasajes. Manzanos se dió perfecta cuenta de la inminencia de otro peligro: los dos puentes, el del ferrocarril y el de la pasarela para Lezo. Afortunadamente, la corriente lo sumergió y no volvió a la superficie sino 20 metros más allá. No respiraba Manzanos. Si se sentía flaquear y osaba abrir la boca, estaba perdido. ¡Otro esfuerzo! ¡Por su mujer y por su hija Felisa, de siete meses!...

Por fin, vió la bahía. Estaba agotado. Pidió auxilio. ¿Quién se iba a arriesgar a prestárselo? A pesar de que había tragado tanta agua, tenía la boca seca. Llegó al embarcadero de San Juan, frente al faro. Teodoro Macazaga, ayudante del práctico del puerto, oyó las voces de Manzanos y le puso a salvo, después de sortear la enorme cantidad de objetos, arrastrados por la corriente, que le impedían acercarse al naufrago. En la cantina se le cambió de ropa y bebió tres copas de ron. Eran entonces las tres y media de la tarde.

Esta fué la aventura del cobrador Manzanos. Perdió en ella la gorra. El dinero de la cartera estaba intacto.

Tardó en curársele el brazo siete meses, durante los cuales el doctor Nafraja le dió corrientes y masajes.

